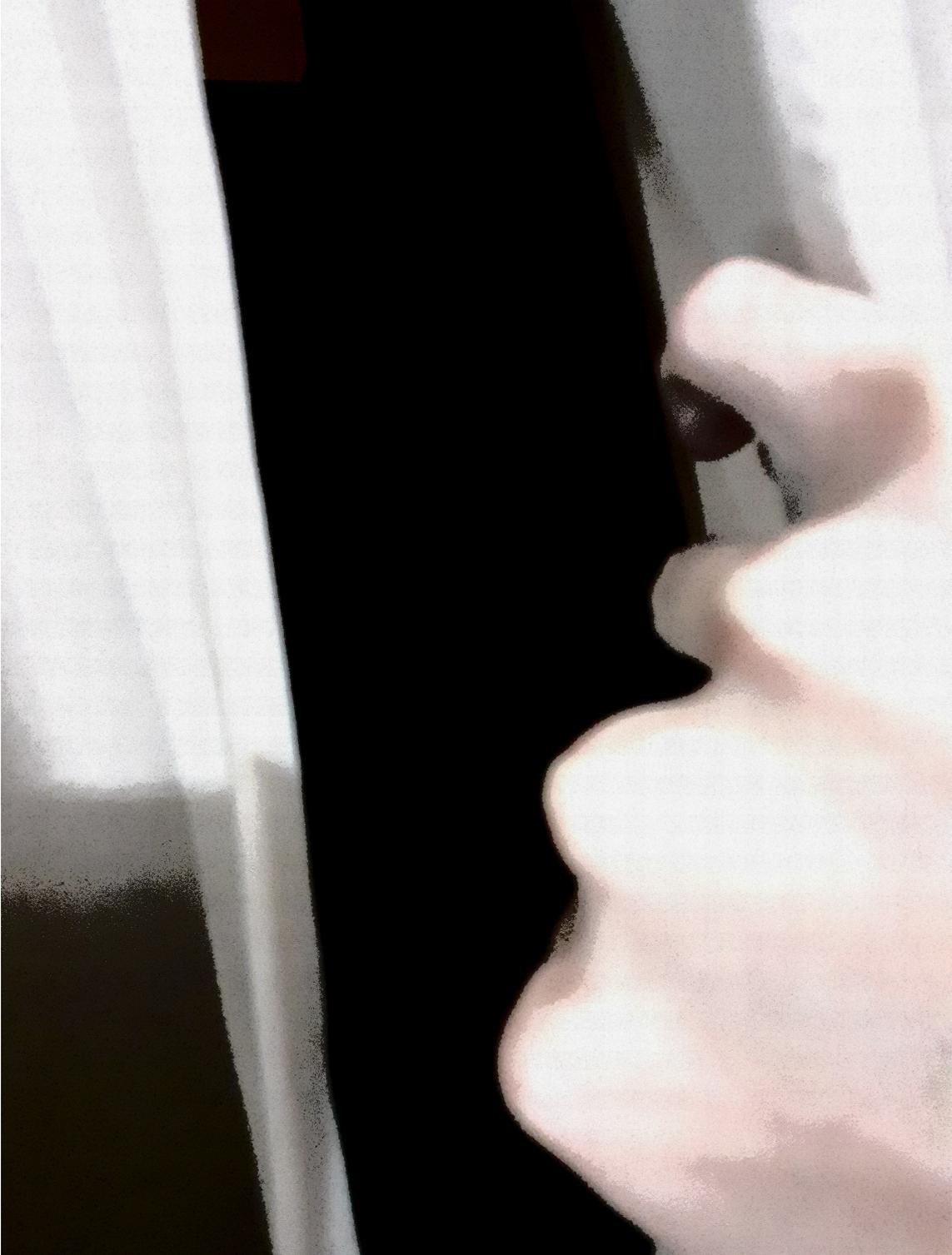


Antología de terror Vol. 1

Erik CS



Capítulo 1

Bordes

La vida después del matrimonio, resulta en diversas ocasiones en un redescubrimiento entre las parejas. Nuevas costumbres, nuevas virtudes y por ende nuevos errores salen a la luz, permitiéndole a las parejas entrar en una nueva etapa, la cual una vez superada, fortalecerá los lazos entre ellos y determinará si el tiempo será capaz de diezmarlos. En algunas ocasiones, las parejas suelen guardar secretos.

José Carlos y Katherine finalmente decidieron hacer vida en común, mudándose a un departamento cerca del distrito de San Miguel, quizás por su cercanía al mar, o quizás por lo céntrica que era la zona dentro de la capital.

A José Carlos le impresionó el enorme cofre que Katherine había desempacado. Como era de esperarse, le pregunto por él, a lo que Katherine respondió con un suspiro muy fiel a su desgana de expresarse:

Es un tesoro familiar, me lo transmitió mi madre y me dijo que solo debo cuidarlo hasta que tuviera una hija, a la cual se lo debo pasar.

Inmediatamente, José Carlos le preguntó por su contenido, a lo que ella respondió con una voz muy firme:

No lo sé, nunca lo he abierto.

José Carlos lo tomó a broma, restándole importancia a lo que le había dicho Katherine y se acercó al cofre con la intención de abrirlo. Katherine inmediatamente se puso al medio extendiendo sus manos. Entonces exclamó:

Nunca te lo había contado porque siempre estuvo en mi habitación, pero esto es muy importante para mi familia, por favor no lo abras, las ordenes de mi madre fueron claras, no le faltes el respeto.

La madre de Katherine había fallecido hace ya 5 años, lo cual hizo avergonzar a José Carlos, el cual le juró jamás abrir el cofre sin su permiso.

Los días pasaron y la nueva pareja ya se había acostumbrado a su nuevo hogar. Cada uno de ellos tenía un horario laboral diferente, y si bien ambos salían juntos por la mañana y se dirigían a sus respectivos trabajos, José Carlos regresaba primero al departamento por la cercanía

de su oficina y la flexibilidad en su horario de salida.

Una de esas noches en las cuales José Carlos se encontraba solo en el departamento, comenzó a pensar en el contenido del cofre. ¿Será acaso algún tesoro? ¿Será acaso dinero en efectivo? Entonces se le vinieron a la mente las palabras de Katherine:

“Es un tesoro familiar”

“Solo debo cuidarlo”

Claramente no le encontraba sentido alguno a la razón por la cual debía cuidar un “tesoro” que nunca usaría.

¿Cuidarlo de qué? -Pensó en voz alta.

Lleno de intriga, José Carlos se dirigió rápidamente a la habitación en donde Katherine tenía guardado el cofre, aprovechando la ausencia de su mujer.

Dentro de un armario repleto de ropa usada, se encontraba el cofre. José Carlos arrastró el pesado cofre hasta el centro de la habitación para echarle un vistazo más de cerca.

Realmente no era nada inusual, era un cofre viejo, con un diseño anticuado y que no desprendía mucho valor a simple vista. Además, el candado que resguardaba el cofre se encontraba desgastado, realmente no había nada que impida a cualquier persona ver el interior del cofre.

Sin embargo, cuando José Carlos pretendía abrir el cofre y calmar su intriga, su corazón se detuvo por un momento. A través del espejo que se encontraba a su izquierda, pudo notar el rostro de una persona que ligeramente se asomaba al borde de la puerta de la habitación.

José Carlos gritaba insultos para ahuyentar al intruso a la par que saltaba hasta el ropero para coger un fierro que se había quedado ahí desde la mudanza para usarlo como arma.

Para cuando se había volteado, la persona que se asomaba ya no se encontraba ahí. José Carlos revisó cada rincón de su departamento y no encontró nada. Además, no entendía como se había metido a su hogar, ya que el departamento se encontraba en el sexto piso y las puertas siempre estaban cerradas incluso cuando la pareja se encontraba dentro.

“No tenía ojos” –Pensaba José Carlos mientras simulaba ver televisión con Katherine. Si bien fue por un instante, pudo notar que el rostro que se asomaba por el borde de la puerta de la habitación en donde estaba

guardado el cofre, tenía las cuencas de sus ojos vacías.

Pasaban los días y José Carlos se convencía cada vez más que era la culpa de traicionar la promesa que le hizo a Katherine de no abrir el cofre, la que le hizo tener la visión de aquella persona. A pesar de ello, seguía sin quitarse de la cabeza lo que contenía el cofre.

El domingo siguiente, Katherine y José Carlos empezaron la limpieza de su hogar, con la finalidad de terminar de ordenar lo que habían desempacado desde la mudanza. En un momento determinado, mientras Katherine se encargaba de limpiar la sala, le dijo a José Carlos que vaya al armario en donde se encontraba guardado el cofre, y le traiga la ropa que se encontraba adentro para poder lavarla.

José Carlos la obedeció. Al abrir el armario, un movimiento brusco al intentar cargar con toda la ropa que se encontraba dentro, hizo que el cofre se desplazara fuera de la base, y cayera de lado al suelo.

La caída había provocado que el cofre se abriera un poco por un instante. Una vez más, la curiosidad y la intriga de saber que había adentro, impulso a José Carlos a acercarse al cofre con intención de abrirlo.

Sin que lo notara, los rostros de dos personas se asomaban cada vez más y más, a través de los bordes de las paredes de la habitación. Cuando José Carlos puso sus manos en el cofre, y totalmente enfocado en abrirlo, no notó que más rostros se asomaban, ahora, por los bordes de la cama y el ropero.

Lentamente, José Carlos abrió el cofre. Solo tuvo un segundo para ver su contenido el cual le erizó la piel, antes de escuchar el grito de Katherine.

¡AHHHHH! ¡QUE HICISTE JOSE! ¡QUE HICISTE!

José Carlos escuchaba los rápidos pasos de Katherine correr afuera del departamento. La cantidad de ojos humanos que se encontraban en frascos numerados en el maletín, aun lo mantenían pasmado.

Más y más rostros se asomaban por los bordes de la habitación. Todos ellos, sin ojos.

El hombre de rojo

La herencia generada por la muerte de su padre, había bendecido irónicamente a Henry con un lujoso inmueble ubicado en las lomas de La

Molina. La pequeña laguna que se encontraba al lado, era un atractivo el cual Henry había considerado como motivo suficiente para trasladarse de inmediato a su nuevo hogar.

Aun con la nostalgia que le causaba saber que aquel lujo le era otorgado a raíz de la muerte de su progenitor, Henry se tomó medio día para apreciar el inmueble en su totalidad. La mansión tenía cuatro pisos, pero lo más impresionante era la extensión de aquella y el amplio patio delantero que la cubría, adornado con una gran variedad de flores, lo cual incomodó en parte a Henry ya que su cuidado necesariamente implicaba una gran inversión que no era capaz de costear.

Con el pensamiento de los nuevos gastos tributarios que la mansión le generaría, Henry se fue a dormir a su nueva habitación. Dicha habitación era tan grande, que Henry se agitaba cuando caminaba de la puerta a su cama, e incluso se le pasó por la mente poner un pequeño gimnasio ahí, ya que no tenía suficientes cosas para llenar esa habitación. Durante un instante, creyó que se había equivocado y estaba ocupando como dormitorio una habitación diseñada para ser una sala de reuniones.

Henry puso la alarma para que lo despertara a las 08:00 AM, y se mezcló con las sábanas.

La tranquilidad y el silencio de la noche invadieron la inmensa morada de Henry, llevándolo a un trance nocturno el cual fue interrumpido bruscamente por un fuerte ruido en las afueras de su mansión.

Henry no le prestó atención al ruido y siguió enfocado en su trance nocturno mientras poco a poco se sumergía en un profundo sueño. Estaba en una de las zonas más seguras del país, no tendría por qué preocuparse de un ruido que provenga de las afueras de su hogar.

Nuevamente un fuerte ruido volvió a retumbar en los aun vacíos salones de la mansión. Henry podía escuchar como algo agitaba las rejas que protegían los límites de su predio.

Incomodo por la situación y con el cuerpo aun adormecido, Henry salió de su habitación para asomarse a la ventana del pasillo que brindaba una amplia vista al exterior de su mansión.

Una silueta humana completamente de color rojo, forzaba el candado de la reja de la mansión de Henry, generando un ruido incesante que sacudía los metales que resguardaban su hogar del exterior.

Henry no podía creer lo que estaba viendo. Después de todo, ¿Qué pretendía? La zona en la cual se encontraba ubicado tenía cámaras en cada esquina, era imposible que no lo hayan captado intentando entrar, además era solo una persona y Henry no tenía una caja fuerte o cosas de

valor en aquel lugar.

El hombre de rojo rompió el candado, y rápidamente corrió hacia la puerta principal de la mansión. Henry podía escuchar como la golpeaba fuertemente para forzar su entrada. ¿Por qué alguien invadiría una casa de una manera tan despreocupada? Pensaba Henry.

Rápidamente, el asustado joven corrió a su habitación para coger su celular y llamar a la policía. La explicación fue clara, un hombre vestido de rojo entró a robar a su mansión y estaba armado. La policía le dijo que estarían ahí en menos de 10 minutos.

Sin embargo, Henry sabía que ese hombre no estaba armado, y peor aún, sabía que no estaba vestido de rojo. El hombre era literalmente, de color rojo. Parecía estar bañado en sangre.

Henry cogió un cuchillo de cocina y se ocultó rápidamente bajo su cama mientras escuchaba como el invasor rompía la puerta principal y corría a lo largo de los pasillos de la mansión. Solo debía ocultarse 10 minutos y la policía se encargaría de lo demás.

El hombre de rojo subió las escaleras de manera apresurada y comenzó a buscar en cada habitación del segundo piso. El corazón de Henry se aceleraba, podía sentir los pies descalzos del invasor recorrer cada espacio de las habitaciones contiguas.

Un fuerte golpe irrumpió en la habitación de Henry, el cual observaba oculto bajo su cama como el hombre de rojo se movía desordenando las pocas cosas que llenaban su habitación.

Henry era joven, pero muy valiente. Desde niño se había acostumbrado a ver a los demás llorar o asustarse ante situaciones que no le causaban ninguna sensación ni incomodidad. Era una persona independiente que no temía permanecer en lugares peligrosos sin compañía alguna, incluso cuando se mudó a aquella mansión, sus amigos le cuestionaron si no sentiría miedo de estar solo en un lugar tan grande, a lo que el respondía encogiéndose de hombros.

No obstante, Henry conoció el significado del miedo en su más pura esencia cuando vio el rostro del hombre de rojo asomarse bajo su cama, chocando miradas con el joven, y observándolo fijamente como un cazador cuando después de una ardua persecución, alcanza a su presa.

Entonces entendió. El rostro del hombre de rojo carecía de piel, sus extremidades, su torso, todo su cuerpo carecía de piel. Era una persona completamente desollada, solo podían verse los músculos de su cuerpo,

los cuales resaltaban en la oscuridad por su color rojo profundo.

Henry gritó como nunca jamás la había hecho, la mano que sostenía el cuchillo estaba temblando bruscamente y sintió un hormigueo profundo en el centro de su estómago. El hombre de rojo intentaba meterse bajo la cama para alcanzarlo. Henry cogió fuerzas y dirigió el cuchillo hacia la mano del invasor.

El hombre de rojo hecho una carcajada, el blanco de sus dientes relucía en la oscuridad de la noche mostrando una imagen espeluznante ante los ojos de Henry. El joven se arrastró rápidamente por el extremo contrario de la cama y salió despavorido de la habitación. Sin embargo, el hombre de rojo lo alcanzó a mitad del pasillo y forcejeó con él para que soltara el cuchillo. Henry sabía que en el momento en que soltara el cuchillo, todo acabaría.

En medio del forcejeo, Henry notó que el invasor tenía una herida abierta a la altura de su pecho, muy parecida a una herida de puñal.

Entre patadas y golpes, Henry logró liberarse del hombre de rojo y se dirigió rápidamente a las escaleras con la finalidad de salir de la mansión a pedir ayuda. Pese a sus intentos, el hombre de rojo parecía alcanzarlo con facilidad, como si todo el esfuerzo que hubiera hecho para recorrer la mansión en poco tiempo no hubieran supuesto un desgaste físico para él.

La profunda mirada de aquel hombre desollado paralizó a Henry quien, petrificado por el miedo, soltó el cuchillo que tenía en su mano rindiéndose ante el terror que desprendía la imagen del invasor ante sus ojos. En ese corto periodo de tiempo, Henry mantenía la esperanza de que todo se tratase de una pesadilla, simplemente no podía creer lo que estaba sucediendo.

En un tiempo relativamente corto, dos policías llegaron a la mansión. Al ver el candado de la reja forzado y la puerta principal de la mansión abierta, entraron rápidamente con sus armas reglamentarias en mano. Camino a la puerta principal, notaron unas huellas manchadas de sangre que se dirigían al inmueble.

Apenas cruzaron la puerta principal, los policías apuntaron con sus armas al joven desnudo que se encontraba parado frente a un sillón en el medio del hall. Recostado en el sillón, se encontraba el cadáver desollado de un hombre.

El joven, agitado, levantó las manos mientras dejaba caer al suelo un cuchillo. El joven les explicó a los policías que había forcejeado con el invasor y lo había asesinado en defensa propia. Explicó además que no les había dicho que era una persona completamente desollada ya que no le

habrían creído.

Los policías tomaron el documento de identidad del joven y comprobaron que efectivamente se trataba de Henry Iscarra, el propietario de aquella mansión. Aun incrédulos, los policías calmaron al joven y llamaron a la ambulancia para que vinieran a recoger el cadáver de aquel misterioso invasor.

¿Te encuentras bien? –Le dijo uno de los policías a Henry, señalando la herida abierta que tenía en su pecho, muy parecida a una herida de puñal.

Descuide, es una vieja cicatriz –Respondió el joven.

La obra de teatro

La noche había llegado y con ella, la impostergable obligación de dormir. Brian se cambió de ropa y se puso el pijama de color verde entero que le sacaba risas a todo el que lo visitara de improviso por las mañanas.

Antes de lavarse los dientes, Brian decidió darle un último bocado al cheesecake de fresa que había guardado en su refrigeradora desde tempranas horas, con el infundado miedo de que este perdiese su dulce sabor.

Brian vivía en un segundo piso, a través de la ventana de su cocina podía ver claramente el parque que se encontraba a espaldas de su casa.

Cuando se dirigía a probar el cheesecake de fresa, se detuvo ante la ventana al observar de lejos a dos personas bajo un poste de luz en la entrada del parque, las cuales parecían estar teniendo una airada discusión.

Eran dos hombres de aproximadamente 20-25 años, los cuales agitaban los brazos bruscamente y gesticulaban exageradamente de manera que pareciesen estarse gritando. Sin embargo, Brian no podía escuchar ningún ruido, ningún grito ni palabra alguna por parte de aquellos sujetos. Era muy extraño considerando el silencio nocturno en el que se encontraban inmersos, además no había otra persona en el parque ni en las calles por las altas horas de la noche.

En un determinado momento, Brian pudo notar como uno de los hombres sacaba una navaja de su bolsillo y se la clavaba al otro hombre en el

abdomen. Se la clavaba una y otra vez, ante la atónita mirada de Brian.

Después de haber apuñalado a su víctima y dejarla sangrando bajo el farol del parque, el homicida huyó del lugar. La luz de aquel farol parecía alumbrar irónicamente aquella espeluznante escena.

Brian cogió su celular y rápidamente marcó el número de emergencias con el fin de pedir una ambulancia para el pobre sujeto que se desangraba en el parque. Mientras lo hacía, salía de su casa para auxiliar al sujeto. No había nadie más en aquel parque, no lo podía dejar solo, quizás había sido la única persona que atestiguara dicho momento. Además, el parque se encontraba a la vuelta de su casa, razón por la cual solo le tomaría un par de minutos llegar al lugar donde aquel hombre yacía herido.

Cuando el número de emergencias le contestó la llamada, Brian guardó silencio. Había llegado a la esquina del parque, desde donde podía ver aquel farol. No había nadie, no había ningún cuerpo ni persona alguna. No había ni siquiera sangre en el suelo. Brian colgó el teléfono y se quedó pensando.

¿Y si todo se trataba de una actuación? ¿Si aquellas personas se encontraban ensayando una obra de teatro y por eso guardaban silencio para no despertar a nadie mientras practicaban su libreto?

Ese pensamiento le provocó una sonrisa a Brian, quien se dirigió de vuelta a su casa con más hambre de aquel cheesecake de fresa. Al entrar, se percató que no había cerrado bien su puerta por salir apurado a ayudar aquel hombre. Entro rápidamente a su casa, subió al segundo piso, y se dirigió nuevamente a la cocina para comer su preciado postre.

Cuando llegó a la cocina, se detuvo nuevamente ante la ventana que daba al parque. Un escalofrío recorrió su espalda hasta erizar completamente la piel de su cuerpo.

En el parque, bajo aquel farol, se encontraba el sujeto que había sido apuñalado. Lo estaba señalando, mientras expresaba mediante gestos faciales, una risa grotesca, sin emitir ruido alguno.

Brian no tuvo tiempo para atar cabos, tampoco tuvo tiempo para reaccionar ante los extraños sonidos que se escuchaban dentro de su casa. En su mente solo se repetía una pregunta.

Hasta antes de sentir una respiración agitada en su nuca, se preguntaba en donde se encontraba el otro sujeto.

Las cabezas en el árbol

Desde que pasé por primera vez por ese lugar, las veo. Debo haber tenido unos 16 años cuando las vi por primera vez mientras el bus del colegio nos dirigía a una excursión lejos de la capital en nuestro último año de estudios.

Eran 3 cabezas colgadas en un árbol, nadie más parecía verlas.

Fui a terapia con el psicólogo durante un año, hasta que, con el fin de evitar que el problema se agravara y mis padres optaran por llevarme con un psiquiatra, me vi obligado a mentir y a decir que ya no las veía.

De vez en cuando mi familia bromea con eso, creyendo que fue una etapa de "berrinche juvenil" en la cual solo quería llamar la atención. Pero la realidad es que, hasta el día de hoy a mis 23 años, sigo viendo esas cabezas colgadas en el árbol.

Durante todos esos años evite pasar por ese lugar. Las veces en que debía hacerlo, miraba a otra parte, evitaba renacer la escena que implicaba ver algo que los demás no. Nunca se me cruzó la idea de acercarme a ese árbol, la sola idea me daba escalofríos.

Fue un día martes cuando un trabajo de investigación universitaria me obligó a visitar el archivo de un juzgado del distrito judicial correspondiente a la localidad en donde se encontraba ese árbol.

Ese día me encontraba muy tranquilo, sentía una paz y concentración inquebrantables, no buscaba ni pretendía alterar mi status quo. Sin embargo, cuando el taxi pasó por aquella autopista cercana al árbol, decidí girar mi cabeza y dirigir mi visión hacia aquel lugar.

Ahí estaban, las 3 cabezas colgadas en el árbol con una soga, decapitadas de cuerpos ilocalizables y balanceándose ligeramente por la ventisca. Pude notar como aquellas cabezas me seguían con la mirada.

Ya en el archivo del juzgado, me preocupe únicamente por avanzar mi investigación universitaria, despejando mi mente de aquella visión. Ya ahí, pude ver a la asistente que me ayudaría a recopilar la información requerida para mi investigación.

Era hermosa, tenía un cabello liso y de color castaño que brillaba sutilmente, llevaba una minifalda muy corta que despertaba mis ansias y atraía indefectiblemente mi mirada hacia sus largas piernas.

Pero la parte de su cuerpo que más me asombraba, era su cuello, tenía un hermoso y delgado cuello, se veía tan frágil y delicado como el de un cisne.

Las terapias con el psicólogo me habían preparado para afrontar las ansias que en algún momento me podían provocar las mujeres con cuellos hermosos. Así que me dirigí a ella de manera fría, presentándome y solicitando la información previamente acordada, sin rodeo alguno.

La hermosa mujer me pidió que la ayudara a traer unos expedientes archivados que quizás me podrían ayudar en mi investigación, así que decidí seguirla. Ya en el área donde guardaban los expedientes archivados, note que no había nadie más que nosotros dos.

Estar en un lugar estrecho, con poca luz y junto a una mujer tan hermosa, era demasiado para mí estabilidad emocional y mental. En mi mente aún seguía la imagen de las tres cabezas balanceándose con el viento, colgadas de aquel árbol. Sentía que cada paso que daba más cerca de la mujer, era un paso más cerca de acabar colgado en aquel árbol.

No era la primera vez que lo hacía, y temía que no fuera la última vez. Con una mano silencie a la mujer, mientras que con otra mano apretaba fuertemente su cuello. Mis piernas la derribaron, y ya en el suelo mi propósito se tornó en una tarea sencilla. Su cuello era tan suave como la mantequilla, sentía que se derretía bajo mis manos mientras más lo apretaba. Continúe presionando mis manos en su cuello, incluso después de notar que su respiración ya había cesado.

No recuerdo desde cuando empecé a sentir placer por ahorcar a personas con cuellos hermosos.

Salí del archivo por la puerta de emergencias con la documentación para mi investigación, y tomé un taxi para abandonar el lugar.

De camino a casa, pasé nuevamente por aquel árbol en donde colgaban aquellas cabezas. Al voltear, noté que ya no colgaban 3 cabezas. Ahora eran 4.

Balanceándose con el viento, las 4 cabezas me seguían con la mirada. Me preguntaba si quizás, algún día les haría compañía.

Juré nuevamente jamás volver a pasar por ese lugar, pero en el fondo sabía que terminaría volviendo.

Tu conciencia

Todo comenzó con una llamada. Eran las 19:00 horas del viernes por la noche y no tenía ganas ni planes para salir a distraerme. En esas situaciones solía pedir una pizza americana con una coca cola helada y sentarme en la sala a ver alguna película de terror antigua, ya que las películas de terror que habían salido últimamente, daban más lástima que miedo.

Entonces sonó mi celular.

¿Aló? –Pregunté algo distraído, mientras veía ‘‘The Devils’’ de 1971.

¿Aló? –Repitió como un eco la voz al otro lado del celular. Sonaba como una voz aguda de una anciana, pero claramente fingida. Rápidamente pensé que se trataba de uno de mis amigos queriéndome jugar una broma.

¿Si? ¿Aló? –Repetí nuevamente mientras me aguantaba la risa por la clara jugarreta y por lo graciosa que sonaba aquella voz.

¿Aló? –Repitió nuevamente la otra voz.

Ya, ¿quién es? –Contesté sin poder evitar la risa.

Espérame, ya voy –Contestó la persona desconocida al otro lado del celular, dejando oír su verdadero tono de voz. Después, colgó la llamada.

En ese momento me detuve a pensar, ignorando la película y dejando que una tajada de pizza se enfriara. Estaba seguro que se trataba de una mujer, esa voz era claramente la de una mujer mayor.

Pensé que, para una broma, era algo extraña ¿Querían asustarme o qué?

Intenté devolver la llamada al número desde el que me llamaron, el cual por los dígitos se trataba de un celular, pero sonaba como si estuviera apagado.

Al día siguiente intenté nuevamente llamar a dicho número, pero seguía apagado. A pesar de ser una simple llamada, me hizo pensar durante todo el día. Mis pensamientos recorrieron un sinnúmero de personas con las cuales me había relacionado, hasta las posibilidades de que simplemente se tratara de una equivocación y se hubiesen confundido de número. Sin poder evitarlo, empecé a recordar si había hecho alguna acción negativa que llevara a alguien a jugarme esa broma. Pero decidí no indagar en esos pensamientos.

Pasaron tres días, y mi celular volvió a sonar. Cuando vi la pantalla de mi aparato, mi corazón se detuvo por un momento. Era ese misterioso

numero desde el cual me había llamado aquella mujer.

¿Aló? –Contesté con una voz grave.

¿Aló? –Repitió la otra voz. Tenía el mismo tono agudo que la última vez.

¿Con quién desea hablar? –Contesté de manera astuta, con el fin de saber si efectivamente dicha mujer se había equivocado de número.

Espérame, en 20 horas llegaré –Me dijo aquella voz.

Colgué raídamente y procedí a bloquear el número.

Aproveché la cena de aquel día, para contarle a mi familia lo sucedido, sin dar señal alguna de que me encontraba realmente asustado. Mi padre, despreocupado como siempre, empezó a reírse y a decir que seguro mi amigo Cristian me estaba jugando una broma. Mi madre dijo que tuviera cuidado, que habían muchas personas peligrosas en la calle y que era posible que alguien me estuviera acosando. Al oír eso, mi hermana empezó a reír, y dijo que nadie desperdiciaría su valioso tiempo en acosarme ya que les aburriría mi anticuado estilo de vida.

En mi cabeza seguían sonando aquellas palabras. ‘En 20 horas te visitare’.

Había recibido la llamada a las 18:00 horas, por lo que las 20 horas se cumplirían a las 16:00 horas del día siguiente. Sin embargo, a esa hora permanecería en casa, ya que estarían mis padres ahí, además esa hora implicaba que la supuesta visita sucedería en plena luz del día. Creí que mi vida no correría ningún peligro.

Al día siguiente, me ocupé en despejar mi mente entreteniéndome con un videojuego mientras escuchaba música. Intenté con todas mis fuerzas olvidar esas palabras, ni si quiera había puesto una alarma a las 16:00 horas ni pretendía prestar atención a ninguna señal que ocurra en dicha hora. Era muy ilógico que toda esa situación supusiera algún peligro para mí. O eso pensaba.

Me quedé horas de horas jugando Call of Duty mientras escuchaba un mix de canciones de rock hispano de los 80's. Mi mente se concentró tanto en el juego que solo me detuve para almorzar rápido, y volver a tomar el mando de la consola para seguir jugando.

Sentía que esas horas frente a la pantalla se habían extendido una eternidad, sentía como si hubiesen pasado días, sin darme cuenta mi mente se había puesto totalmente en blanco.

Repentinamente, la música se detuvo, exactamente en el mismo momento en que el videojuego también. Me levante del sillón pegando un salto instintivamente. Mi PlayStation se había colgado completamente, no podía reiniciarla manualmente ni apagar la televisión. Mi celular, desde

donde estaba reproduciendo la música, también se había colgado completamente, ningún botón funcionaba.

Pude ver en la parte superior izquierda de la pantalla de mi celular, que marcaba las 16:00 horas. Me invadió una angustia indescriptible, todos los relojes de la casa se habían detenido a las 16:00 horas. Pero eso era solo el comienzo.

Cuando fui a la cocina, encontré a mi madre completamente paralizada. Mi padre, sentado en una de las sillas cerca del comedor, parecía estar hablando por celular, pero también se encontraba paralizado. No podía creer lo que estaba sucediendo, me negué a pensar que el tiempo a mi alrededor se había detenido.

En ese momento iba a salir fuera de casa para ver si afuera las personas se encontraban bien, pero mi mano se detuvo apenas toco la manija de la puerta. Recordé entonces, que aquella mujer al otro lado del celular me había dicho que me visitaría en 20 horas.

Miré por la ventana de mi casa durante 2 horas y no vi pasar a nadie, no escuchaba ningún ruido afuera. El terror se apoderó de mí, pero sabía que lo único que podía hacer era salir y buscar ayuda, ni si quiera en mi casa estaba seguro ya que mis padres se encontraban completamente paralizados. Los aparatos tampoco funcionaban, por lo que si algún intruso entraba no podría llamar a la policía.

Salí de casa bien abrigado, llevando mi celular por si las dudas, un martillo en mi bolsillo y un bate de béisbol. Caminé hasta la avenida principal, la cual siempre estaba repleta de gente, con la esperanza de encontrar alguna respuesta a la situación en la que me encontraba. Pero mis esperanzas se derrumbaron por completo cuando llegué al cruce de las avenidas Flora Tristán y Javier Prado.

Los semáforos, los transeúntes, los automóviles, todos se encontraban congelados en el tiempo. Empecé a sentir mareos, mi cabeza empezaba a dolerme así que me senté en el suelo de la vereda.

En ese momento pensaba que todo se trataba de una pesadilla, solo me concentré en convencerme de ello, además no existía otra explicación lógica para lo que estaba sucediéndome.

Mi pequeño trance se vio interrumpido por una vibración en mi bolsillo. Mi celular estaba sonando, era ese misterioso número de nuevo. Juraba haberlo bloqueado, pero la pantalla de mi celular no mentía.

Arrastre el botón para contestar la llamada, pero antes de que pudiera

decir una palabra la misteriosa voz habló:

¿Dónde estás? Te dije que te visitaría, estoy en tu casa, pero solo están tus padres. ¿Quieres que te vaya a buscar?

Sentí tanto pánico en ese momento que no podía ordenar mis palabras, y cuando empezaban a cobrar sentido los balbuceos que salían de mi boca, la mujer dijo:

Espérame ahí, ahora te alcanzo.

Y colgó la llamada.

Mi casa se encontraba a dos cuadras, esa mujer estaba cerca de mí. Mi reacción fue inmediata y salí corriendo hacia la dirección opuesta de donde se encontraba ubicado mi hogar. Lo único que se me vino a la mente en aquel momento fue ir a la comisaría más cercana, coger el arma de un policía y defenderme con ella. Quería mantener las esperanzas de que las armas de fuego no se vieran afectadas por aquel extraño suceso que parecía haber detenido el tiempo.

En la comisaria todos parecían haber sido afectados por el congelamiento del tiempo. Los policías, los detenidos, y todas las personas que laboraban en el área administrativa. El silencio era tal, que podía escuchar el eco de mis pisadas retumbar en todo el lugar. Sin pensarlo dos veces, le arrebaté la pistola de la cintura a un policía que se encontraba parado en el pasillo hacia la salida. Necesitaba probar si el arma funcionaba, nunca había manejado una así que ese era el momento para practicar y probar si el tiempo congelado no les afectaba.

Sin embargo, la situación no era tan sencilla. No había ruido alguno más que mis pasos y mi respiración, un disparo se escucharía en toda la localidad, y muy probablemente le dé una pista de mi ubicación a aquella mujer. Le quité el seguro al arma, la sostuve con ambas manos por lo bajo como lo había visto en tantos videojuegos del género shooter, y me encerré en el baño para pensar.

No sentía hambre, no sentía sed, solo sentía angustia. Me encontraba en el lugar más seguro de mi distrito, rodeado de gente, pero a la vez solo e indefenso. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Cómo podía haber acabado en esa situación?

Estuve en el baño durante, lo que calculé, una media hora. Cuando me di cuenta de algo aterrador. Mi corazón se empezó a acelerar y el miedo me invadió por completo. Me pare del baño, e intenté prender la luz. No pasaba nada, no se iluminaba. salí del baño e intenté prender las luces del

pasillo, pero fue en vano, los focos no se iluminaban.

Las nubes del cielo empezaban a cubrir el sol y el cielo empezaba a coger un color opaco. Dentro de poco tiempo caería la noche y sin luz en los postes de las calles ni luz en las casas, podía ser sorprendido en cualquier momento.

salí un momento de la comisaria para respirar aire, mi corazón latía muy fuerte y sentía que se me iba la respiración. Entonces mi celular vibro nuevamente. La misteriosa mujer me estaba llamando.

No se me ocurría otra cosa que hacer, así que conteste el teléfono y rápidamente le rogué que se detuviera, que regresara todo a la normalidad, con la voz quebrada y aguantándome las lágrimas, pero dejándole ver que no podía seguir con esto. Ella no respondió de inmediato, tardo unos segundos y contestó susurrando a través de mi celular:

Te estoy mirando.

Mi cabeza estaba por explotar, sentía que mi corazón iba a detenerse en cualquier momento.

Tiré el celular y corrí como nunca en mi vida había corrido, sin saber a donde, sin tener la más mínima idea de que es lo que iba a suceder. Corrí y corrí hasta que mis pulmones empezaron a pesar, y mis piernas tambaleaban. Las calles se habían oscurecido completamente. El cielo se encontraba completamente oscuro. Jamás en mi vida había visto tanta oscuridad, no creí que fuera capaz ver mi ciudad sumida en la oscuridad de la noche, era completamente aterrador.

Muchas personas se encontraban paralizadas en plena calle, lo cual obstaculizaba mi visión, ya que no podría detectar por dónde vendría aquella mujer. La oscuridad tampoco me permitía diferenciar los rasgos de las personas paralizadas, solo podían verse siluetas oscuras, completamente estáticas como si fueran maniqués.

Me senté en la vereda para descansar, para recobrar mi respiración y seguir corriendo hasta que se me ocurriese algo. Giraba mi cabeza constantemente, apretando mis ojos para combatir la oscuridad y poder detectar algún movimiento o alguna silueta oscura que se mueva.

Revisé nuevamente la pistola que había tomado del policía en la comisaria. Estaba cargada y sin seguro, lista para dispararse. Pero no habían muchas posibilidades de que pudiese funcionar, ya que ni si quiera la luz funcionaba. Probarla en esa calle, era lo más arriesgado que podía

hacer.

Entonces sucedió.

En toda la calle, empezó a escucharse un ruido ligeramente sutil, pero que poco a poco iba en aumento.

“Pum, pum, pum”.

Eran pasos, suaves pasos cuyo eco inundaba el silencio de las calles.

Me paré en seguida, los pasos se escuchaban demasiado cerca, demasiado como para correr y no ser detectado. Apreté mis ojos mientras el miedo me consumía, y levantaba el arma con mis manos temblorosas. Tenía mucho frío, mis manos estaban heladas y mis dientes temblaban chocando entre sí.

A través de las innumerables siluetas pertenecientes a los peatones que se encontraban paralizados, pude distinguir una silueta que se acercaba más y más.

La silueta de una mujer alta se acercaba lentamente hacia mí. Tenía las piernas completamente torcidas, que parecían generarle un esfuerzo al moverse. Era muy alta, de aproximadamente dos metros y medio.

¿Qué quieres? ¿Por qué me haces esto? –Grité, mientras sostenía el arma apuntando hacia ella.

Sin embargo, aquella mujer no respondía, solo se acercaba más y más, pegando saltos a través de las oscuras siluetas que se encontraban en la calle.

Mis manos apretaron fuertemente el arma, le advertí una y otra vez que si seguía acercándose la mataría, pero ella no respondía, solo se acercaba cada vez más hacia mí.

Cerré los ojos y tomé aire. Mi vida, mi familia, mi mundo, todo dependía de mi siguiente acción. Endurecí mis manos, y apreté fuertemente el gatillo de la pistola apuntando hacia la silueta de la mujer.

Un sepulcral silencio invadió las calles. Bajé las manos en señal de derrota, aceptando mi destino, y abrí los ojos lentamente con lágrimas en él. Entonces la vi.

Aquella mujer no tenía rostro, solo tenía un grande orificio ennegrecido en el medio de su cara.

Sollozando y aceptando mi eventual muerte, pregunté:

¿Quién eres?

Una voz salió del enorme orificio que tenía aquella mujer en su rostro, mientras dicho orificio se agrandaba más y más:

Tu conciencia.

Match

La cuarentena focalizada en su localidad, había impulsado a Luis a buscar medios alternativos de entretenimiento que reemplacen las rutinarias salidas con sus amistades. Entre las opciones que tenía, se encontraban las aplicaciones para ligar.

Luis prefería conocer natural y espontáneamente a una persona para entablar una amistad directa y sin dilaciones, no era fanático ni apoyaba las aplicaciones para conocer gente en línea, pero tampoco es que les fuera reacio.

Dado el contexto, el joven descargó e instaló Tinder, procurando elegir las fotos en donde saliera lo más casual posible, e improvisando una descripción llamativa en su perfil que pueda atraer a otras personas.

El joven no esperaba nada de esa aplicación, era una simple distracción mientras veía una serie acostado en su cama, no pretendía conocer al amor de su vida, pero estaba abierto a todas las posibilidades que se le presentasen.

Estuvo arrastrando su dedo sobre la pantalla táctil de su celular durante media hora, para la izquierda, la derecha, y así consecutivamente, aceptando y rechazando los diversos perfiles que le saltaban en la pantalla.

Sin embargo, hubo un perfil que hizo que se detuviera. Luis se topó con el perfil de una chica. La única foto que tenía, era la de un selfie que se había tomado en lo que parecía ser su habitación. Lo que le sorprendía a Luis, era el aspecto de aquella chica. Parecía ser un esqueleto con tan solo una lámina delgada de piel que la cubría, la cuenca de sus ojos estaba casi hundida y el color de sus ojos eran completamente negros, no había distinción entre su iris y su esclerótica, la totalidad de sus ojos eran tan

oscuros como la profundidad de un abismo.

Luis revisó la descripción de su perfil, y solo encontró un pequeño mensaje. "RVH-230 para salir".

No había gustos en comunes, lugar de trabajo, centro de estudios, información en general, ni alguna otra red social vinculada a su perfil de Tinder.

Sin pensar mas en ello, Luis deslizo su dedo hacia el lado derecho, rechazando algún posible match con aquella extraña mujer. No obstante, un mensaje salto ante la pantalla de su celular.

"¡Tienes un match!"

Luis estaba seguro de haber deslizado el dedo hacia la derecha para rechazar dicho perfil. Sin complicarse mucho, canceló el match con aquella chica.

La situación se volvió más extraña cuando, por más que presionara la opción de cancelar match, el perfil de aquella muchacha seguía ahí. Entonces notó en la ventana de la conversación, que la misteriosa mujer empezaba a escribir un mensaje.

Fue un frio "hola" el que rompió el hielo entre aquellos dos jóvenes no correspondidos.

Luis intentó ser lo más caballeroso posible con la chica, al decirle que había sido un error de su aplicación que hiciera match con ella, y que por fallas de su celular no podía cancelar el match, disculpándose por el malentendido.

Aun así, la chica siguió escribiéndole.

"Me gustas", le dijo. Luis se dio cuenta, de que la foto de perfil de la chica había cambiado, ahora era ella tomándose un selfie en una parte más abierta de su casa, al parecer la sala de bienvenida.

Luis ignoró el extraño mensaje y siguió conversando con las otras mujeres con las que había hecho match en dicha aplicación. Pero aquella mujer le seguía enviando el mismo mensaje una y otra vez.

La pantalla del celular de Luis se llenaba de notificaciones por los interminables mensajes de la chica, generándole una molestia que había intentado reprimir desde que vio el perfil de la misteriosa mujer.

Expresándose clara y directamente, Luis le escribió a la chica diciéndole que no le escriba más porque le incomodaba hablar con ella, simplemente

no era su tipo y si no cancelaba el match, era porque su aplicación estaba fallando.

La foto de perfil de la mujer cambio nuevamente. Ahora era una selfie de ella afuera de su casa, en plena calle.

La misteriosa mujer solo seguía escribiendo "me gustas", hasta que, en un momento determinado, los mensajes comenzaron a tomar un sentido diferente.

Luis notó que la mujer mandaba mensajes muy rápido, algunos de ellos con palabras lo suficientemente largas como para que demorara unos segundos en escribirlos, pero los mensajes llegaban uno detrás de otro, como si fueran enviados de manera automática.

"Es en la siguiente cuadra" "Llevas un arma?" "No veo a nadie en la siguiente calle" "Esta solo" "Déjame ver su cuerpo"

Los mensajes llegaban y llegaban, uno detrás de otro, lo cual desesperó mucho a Luis, a tal punto que decidió desinstalar la aplicación.

Al momento en que estaba a punto de eliminarla, le llego un mensaje más del chat con aquella mujer, tras el cual, dejaron de llegar más mensajes. El mensaje era corto pero concreto:

"Mira por tu ventana"

Luis vio que la mujer nuevamente cambio su foto de perfil, ahora era una selfie de ella, en lo que parecía ser afuera de la casa del joven.

Luis corrió hacia la ventana, pero no vio a nadie, seguidamente corrió a cerrar y asegurar las puertas y ventanas de su hogar mientras llamaba a la policía con el fin de decirles que había una mujer que estaba incumplimiento la cuarentena.

Los mensajes consecutivos del chat de la mujer, llenaron nuevamente de notificaciones al celular de Luis. Entre los mensajes, había uno que decía "El garaje está abierto". Entonces Luis comprendió.

Seguidamente los ruidos en el garaje alarmaron a Luis, quien se acuarteló en la cocina para protegerse con cualquier utensilio que le fuera útil en el peor de los casos.

Los ruidos pararon. Luis se fijó en el chat de la mujer, un nuevo mensaje había llegado. "Entraste, felicitaciones, ahora mátalos". La foto de perfil de la mujer había cambiado nuevamente. Era una selfie de ella en la cocina

de Luis. Detrás de ella, podía verse al joven de espaldas.

Luis volteo de inmediato, pero no pudo ver nada. No entendía el porqué. La cabeza de Luis empezó a sacudirse repentinamente, todo giraba a su alrededor mientras una lluvia de ideas le venía a la mente.

“RVH-230 para salir”

El mensaje del perfil de Tinder de la mujer misteriosa, decía aquella frase.

Sin opciones adicionales, Luis escribió ese mensaje en el chat de aquella mujer, esperando que todo se solucionara.

Apenas presionó el botón de enviar, el chat con aquella mujer desapareció, y el match en Tinder fue cancelado. Sin embargo, algo más sucedió.

En el instante en que el chat se cerró, la misteriosa mujer apareció delante de Luis.

Visitante nocturno

Durante dos semanas venía ocurriéndole lo mismo a Erik. Todas las noches, aproximadamente a las 2:00 AM, un anciano irrumpía en su habitación mientras desordenaba sus cosas. La extraña visita duraba aproximadamente 5 minutos, después de los cuales, el anciano se retiraba.

Para ese entonces, la reacción de un niño de 8 años no era de esperarse, por así decirlo, muy racional. Erik pensaba que solo bastaba con hacerse el dormido y escabullirse bajo sus sábanas para evitar el peligro, aunque ello no impidiera que pasara un terror indescriptible cada vez que aquel anciano lo visitaba. Durante esos momentos de tensión, el niño solo rogaba para que el intruso encontrara lo que sea que haya estado buscando, y se retirara para nunca más volver.

Sin embargo, en una noche sucedió algo enigmático. Erik contaba mentalmente los minutos que demoraba aquel anciano en su habitación. Siempre contaba 5 minutos, a excepción de esa noche, en la cual el tiempo se extendió por 30 minutos.

Erik pudo escuchar que, al contar 5 minutos, el anciano dejó de hacer ruido. Ello motivó a Erik, a abrir ligeramente los ojos y ver entre las

sábanas la razón de ello. Entonces lo vio, el anciano solo permanecía parado, mirando en su dirección. Así estuvo durante 25 minutos, después de los cuales, se retiró de la habitación.

La noche siguiente Erik se despertó por los ruidos que hacía el anciano desordenando su habitación. El niño solo simulaba estar dormido, intentando hacer que apenas se escuchara el latido de su corazón.

Nuevamente, el anciano dejó de hacer ruido. Entonces, Erik sintió como un peso comenzaba a hundirse lentamente su cama. Sin poder anticiparlo, el intruso se encontraba sentado a los pies de la cama del niño, mirando a la pared.

Erik cerraba los ojos con miedo, intentaba controlar de manera magistral el sonido de su respiración y los latidos de su corazón, quería estar lo más cerca posible a desaparecer su presencia, intentaba ser solo un cadáver, solo carne y hueso situados en aquella habitación sin intención alguna más que llenar espacio.

Pasaron más de 10 minutos sin sentir ningún movimiento, lo que llevó a Erik a abrir nuevamente sus ojos un poco para ver qué es lo que estaba haciendo el intruso. Pero rápidamente los cerró.

Apenas, en ese ligero intervalo, y casi imperceptible apertura de los ojos de Erik, el niño pudo notar que el anciano seguía sentado en su cama, pero ahora su cabeza se había girado. Lo estaba mirando.

En seguida, Erik sintió como la cama se hundía más y más, y las sábanas que lo cubrían, se corrían y se apartaban de su cuerpo. En ese momento escuchó un susurro en sus odios:

‘Te encontré’.

Preguntas

Carlos se encontraba ansioso porque en unos meses su esposa daría a luz a su primer hijo. Su esposa tenía todo preparado, la cuna, la ropa, los pañales, y una cantidad innumerable de juguetes que como es de suponer, el recién nacido no podría disfrutar hasta cumplidos un par de años. Y aunque a Carlos no le emocionaba la idea de ser padre, y estaba más preocupado por los futuros gastos que supondría criar un niño en un país sumido en la inseguridad financiera y las obligaciones que le acarrearían, dirigió su pensamiento a otro lugar e intentó distraerse

arreglando la casa.

Un día como cualquier otro, Carlos recibió una carta debajo de su puerta, la cual estaba dirigida a él, pero sin información sobre el remitente. A simple vista, era una carta improvisada, remitida a su hogar sin intermedio de alguna empresa de correos.

A Carlos le sorprendió la idea que, a ese día, existieran personas que se envíen cartas físicas y no mensajes por redes sociales.

Sin miedo a que dicha carta contenga algún veneno o toxina peligrosa para su integridad, abrió la carta y la leyó:

“Reglas:

Responder puntualmente la pregunta, sin usar términos ambiguos.
Si respondes correctamente, ganarás el premio señalado en la carta.
Si no respondes en el tiempo señalado en la carta, o respondes incorrectamente, recibirás un castigo.
Las respuestas son dejadas en el mismo lugar en que se recibió la carta.”

Entonces, Carlos notó una pequeña nota dentro del sobre, la cual decía lo siguiente:

“Pregunta N° 01: ¿Quién fue el autor de la obra “Crimen y castigo”?

Premio: S/ 50.00

Plazo para responder: 12 horas contadas después de recibida la carta.”

Sin pensar en ello, y suponiendo que se tratara de una broma realizada por un niño del vecindario, arrojó las cartas a la basura y siguió su día como si no hubiera pasado nada fuera de lo común.

Al día siguiente, Carlos encontró una pequeña caja delante de su puerta. Inmediatamente recordó la carta de ayer y las reglas que señalaba. Claramente no había respondido dentro del plazo establecido.

En ese momento, Carlos pensaba en tirar la caja a la basura sin abrirla, o llamar a la policía. El realmente era muy despreocupado y no le gustaba hacer escándalos por cosas simples, lo cual pensó que ocurriría si llamaba a la policía. Además, pensaba que tirar a la basura la pequeña casa lo dejaría con la curiosidad de saber que contenía. Así que decidió abrirla.

Sin embargo, dejó caer al suelo la caja apenas pudo ver su contenido. Una gran cantidad de insectos triturados, entre gusanos, cucarachas, arañas, y demás, cayeron y se esparcieron en el suelo de la casa de Carlos. Dentro

de la pequeña caja, había una nota que decía "Fallaste".

Incomodo por la situación, Carlos salió de su casa para ver si encontraba a alguna persona sospechosa. En un momento pensó en poner una cámara en la puerta de su hogar, pero decidió esperar a ver si aquel bromista daba alguna señal.

Pasaron tres días, y Carlos recibió una segunda carta bajo su puerta, la cual decía:

"Pregunta N° 02: ¿Quién fue el primer hombre en pisar la luna?

Premio: S/ 500.00

Plazo para responder: 10 horas"

Carlos estaba convencido de que todo aquello era obra de un niño dada la simpleza de las preguntas. Aun así, quería comprobar si lo del premio era verdad, así que escribió en un pequeño papel, el nombre de Neil Armstrong y lo dejó debajo de su puerta.

Pasadas las 10 horas, un pequeño sobre apareció bajo la puerta de Carlos. Dentro de dicho sobre, había un billete de 500 soles.

Carlos comprobó una y otra vez la autenticidad del billete, y aun así, no lo podía creer. En ese momento solo deseaba que llegaran más cartas con más preguntas.

Pasaron dos días, y Carlos notó nuevamente, una carta bajo la puerta de su casa. Dentro de ella se encontraba escrita una nueva pregunta:

"Pregunta N° 03: ¿Cuándo entró en vigencia la última norma que modificó el actual código penal?

Premio: S/ 1,000.00

Plazo para responder: 30 min"

Carlos se sorprendió por el cambio radical en la dificultad de las preguntas. No tenía ni idea de dónde empezar a buscar dicha información, y lo que más le preocupaba era el corto plazo de 30 minutos para responder.

Rápidamente entró a internet, tomándose el tiempo de 25 minutos en buscar la respuesta a la pregunta efectuada por el desconocido.

Cerca de los 30 minutos, no pudo encontrar la respuesta a la pregunta, razón por la cual escribió una fecha referencial que había encontrado en

un foro de asuntos legales, y dejó la carta bajo su puerta, deseando tener suerte y haber acertado con la respuesta correcta.

Apenas el reloj indicó que ya habían transcurrido 30 minutos, la carta se deslizó por debajo de la puerta hacia afuera. Carlos se levantó rápidamente y se asomó a la mirilla para ver quién era la persona detrás de ese juego, pero no pudo ver a nadie.

Pasaron las horas y escucho el timbre de su puerta. Al abrirla, notó una caja de mediano tamaño algo descuidada en el suelo. Sabía que se había equivocado en la pregunta, y por ende, que no recibiría el premio. Aun así, decidió abrir la caja alentado por su intriga.

La caja era pesada, y desprendía un hedor camuflado con un perfume de adulto. Al abrir la caja, Carlos se dio con la sorpresa que, dentro de ella, estaba la cabeza cercenada de un perro. Completamente atemorizado, pudo reconocer que se trataba del perro del vecino.

Decidido a olvidar aquella cadena de sucesos extraños, optó por llamar a la policía si le llegaba otra carta.

Con el transcurrir de los días, Carlos se dedicó a engrair y brindarle la atención requerida a su esposa embarazada, la cual se encontraba muy entusiasmada por el nacimiento de su hijo. De manera paralela, el hombre disimulaba no saber en dónde se encontraba el perro de su vecino, ante los mensajes y carteles que se habían difundido en el vecindario sobre la pérdida de la mascota.

Pasaron varias semanas, hasta que una nueva carta llegó a la puerta de la casa de Carlos. Al notar ello, Carlos tomó el celular con el fin de marcar a la policía y denunciar el acoso recibido.

Mientras lo hacía, abrió la carta para leer el último mensaje que recibiría. La carta decía:

“Pregunta N° 04: ¿Qué es lo que más amas?

Premio: Lo que más amas.

Plazo para responder: 24 horas”

El hombre quedó intrigado, y en parte sintió escalofríos. ¿Cómo podía darle aquel misterioso personaje lo que más amaba? Sin embargo, algo en su interior le incitaba a contestar la pregunta, no perdería nada ante una pregunta tan fácil. Carlos entendió que esa pregunta se trataba básicamente de un premio, un “dime que quieres y lo tendrás”.

Aún con el celular en la mano, Carlos se inclinó a responder la carta. Una parte de él, le incitaba a escribir "un millón de soles", aunque en el fondo él sabía que eso no era lo que más amaba, pero la persona detrás de aquel juego no lo podía confirmar. La pregunta era sumamente subjetiva. Así que se decidió a responder con un millón de soles, y en caso no recibía el millón de soles, llamaría a la policía para hacer la denuncia. Caso contrario, no la llamaría si es que recibía el millón de soles. O al menos una cantidad alta de dinero. Él se convencía en que era una especie de oportunidad para aquel bromista de redimirse.

Carlos tomó un papel y un lapicero. Entonces pensó nuevamente: "Lo que más amo". En ese momento, alzó su mirada y pudo ver a su esposa sentada en el sofá, con las manos apoyadas ligeramente en su vientre, tratando de no dormirse mientras simulaba ver la televisión.

Carlos sonrió y empezó a escribir.

Rápidamente, puso el sobre bajo su puerta y se sentó al lado de su esposa para tomar una siesta.

Pasaron las 24 horas y el sobre ya no se encontraba bajo la puerta de Carlos. Al día siguiente, Carlos intentó hacer su día a día con normalidad yendo a trabajar, intentando no pensar mucho en el premio. Esperaría lo necesario y cuando se asegure que no recibiría respuesta alguna del bromista, llamaría a la policía.

Ese mismo día, los suegros de Carlos le dijeron que llevarían a su esposa a un chequeo médico, por lo que no debía preocuparse si no la encontraba en casa.

Esa misma noche, al regresar a su casa y encontrarse solo en ella, Carlos no pudo evitar sentir desesperación. En el fondo deseaba haber ganado ese juego y el premio por responder bien la pregunta. Cada momento que pasaba por la puerta de su casa, se asomaba por la mirilla para ver si había un paquete bajo su puerta.

Sentía inquietud de pensar que, sí le habían mandado el millón de soles, pero que alguien más se lo había robado. ¿Debería preguntarle al vecino si vio a alguien dejar algo en mi puerta cuando estaba en el trabajo? Pensó.

Recordó que su esposa había ido a un chequeo médico, y que por el lapso aproximadamente de 5 horas la casa no tuvo a nadie quien pueda atender el timbre o escuchar algún ruido proveniente de afuera. Su desesperación aumentó más, juraba que, en ese lapso de tiempo, habían venido a dejar el paquete, y que tal vez como era una cantidad valiosa de dinero, requerían que alguien la reciba en persona, por lo que, al no encontrar a

nadie en casa, simplemente se habrían retirado con el dinero.

Las horas pasaban y Carlos seguía dándole vueltas al asunto. Entonces sonó el timbre. El hombre saltó del sofá, sabía que no era su esposa ya que ella tenía la llave de entrada.

Al abrir la puerta, encontró una caja en el suelo. El corazón de Carlos empezó a latir rápidamente, y sus esperanzas empezaron a hundirse.

Se quedó al menos 5 minutos parado frente a su puerta, mirando a la caja que se encontraba en el suelo. Pensó en la finalidad de dicho juego, si acaso conocía a la persona que estaba detrás de ello, a las intenciones de las preguntas realizadas, y a los castigos por fallar las preguntas.

Carlos se arrodilló frente a la caja, y la abrió lentamente.

Dentro de la caja, se encontraba el feto de un bebe, aun con su cordón umbilical.

Sin embargo, Carlos se sintió aliviado.

Amigo anónimo

Sandro sufría de una condición única en el campo médico y psicológico. Su visión era perfecta durante las mañanas y parte de la tarde. Sin embargo, a partir de las 18:00 horas en donde el cielo empezaba a oscurecerse, su visión también lo hacía. A las 19:00 su visión se encontraba completamente cubierta por una oscuridad que le impedía ver, lo cual se extendía por toda la noche y la madrugada hasta las 05:00 horas aproximadamente, en donde se aclaraba poco a poco mientras amanecía.

Dicha condición, le había generado a Sandro grandes dificultades para seguir con su vida tranquilamente, más aún para un adolescente como el, que tenía que soportar que sus amigos saliesen por la noche a divertirse mientras que él lo tenía que pasar acostado en cama y encerrado, escuchando algún programa interesante o canciones melancólicas para empatizar con ellas.

Si bien el adolescente ya se había acostumbrado para ese entonces a sufrir de esa extraña condición, siempre tuvo curiosidad por saber cómo se veía la ciudad de noche. Le aterraba la sola idea de ver sus lugares favoritos, los cuales solo veía de día, sumidos en una inmensa oscuridad. Algo irónico para alguien que se había acostumbrado a la oscuridad. Su hermana le contaba cómo funcionaba la vida nocturna, los postes de luz,

los faroles de los coches para evitar accidentarse, el peligro de salir de noche en algunos barrios de la ciudad, y por supuesto, las muchas leyendas urbanas que cobraban sentido durante la vida nocturna.

Pero, además, Sandro tenía un secreto. Desde hace poco más de una semana, le venía a visitar un amigo anónimo durante la noche, a quien ya le había contado respecto a su condición.

Durante su primer encuentro, Sandro se asustó, ya que no podía ver de quien se trataba, solo podía escuchar los ruidos cerca de su habitación, una respiración profunda, y oler un extraño aroma como de metal fundiéndose. Esa noche en la que se conocieron, sabía que alguien más estaba en su habitación, quien después de unos minutos en silencio le dijo "¿Eres ciego verdad?". Seguramente aquel amigo anónimo había roto el silencio con aquellas palabras, al notar que Sandro no reaccionaba ante su presencia.

Durante los siguientes días, el misterioso amigo visitaba a Sandro por las noches, intentando mantener el silencio suficiente como para que su familia no se percatara. Dicho sujeto, le comentó a Sandro que durante algunas noches vendría a visitarlo, pero Sandro sabía que había algo más detrás de sus visitas. A causa de su extraña ceguera nocturna, Sandro podía escuchar claramente sonidos emitidos por el cuerpo humano y con ello entender las reacciones de una persona.

Es así, que Sandro notaba que el corazón de su amigo anónimo latía muy rápido cuando llegaba a su habitación, como si estuviese escapando de alguien y escondiéndose ahí. No obstante, se encontraba muy agradecido por su compañía, las historias del misterioso visitante eran cómicas y muy entretenidas, lo aliviaban de la soledad causada por su ceguera.

Ciertas noches, el olor a metal fundiéndose era insoportable. Sandro creía que su amigo era adulto, contrariamente a la edad que le había mencionado, y que trabajaba en una fábrica o algo por el estilo.

Una noche, el amigo de Sandro llegó a su habitación. Parecía estar comiendo algo. Sandro guardaba silencio, mientras su amigo le contaba una historia fantástica de las que tanto alardeaba, mientras hablaba con la boca llena. Los mordiscos que daba dicho sujeto sonaban como amplificadores en los oídos de Sandro. Podía escuchar la carne triturarse entre sus dientes, y un líquido salir a borbotones.

Dime, ¿que estas comiendo? - Preguntó Sandro, cortando a su amigo a mitad de historia.

Nada especial, solo una pierna de pollo que traje de mi casa. Salí sin cenar así que estaba comiendo de camino aquí -Respondió el misterioso sujeto

El olor... es muy fuerte... -Dijo Sandro mientras se llevaba la mano a la

nariz para cubrirla.

Por cierto, la próxima semana es tu cumpleaños, te daré un buen regalo, seguro te gustará- Mencionó el extraño sujeto, ignorando lo mencionado por Sandro y desapareciendo por la ventana a través de la cual había entrado a la habitación.

Sandro había olvidado por completo que faltaban unos días para su cumpleaños. Sin embargo, esa nunca fue una fecha la cual le emocionara demasiado. Su mayor deseo era poder ver durante la noche, y en el fondo sabía que eso era imposible.

Completamente resignado, Sandro se acostó para conciliar el sueño. Pasaron los días mezclados con un poco de nostalgia, hasta que el cumpleaños de Sandro llegó. Parecía emocionarlos a todos menos a él.

Durante el día, Sandro salió con sus amigos, era el único momento en que podía disfrutar su adolescencia sin ninguna dificultad. Sin embargo, cerca de las 17:30 horas, la vista de Sandro empezaba a fallar, por lo que, contrariamente a lo que quería, tuvo que retirarse y volver a su casa. El realmente quería quedarse más tiempo con sus amigos, pero no quería ser una carga para ellos ni que lo vieran usando un bastón, odiaba generar lastima en otros.

Al llegar a casa, cenó con su familia mientras le trajeron una torta. "Pide un deseo", le dijo su padre sosteniendo sus hombros para ubicarlo frente a las velas de la torta. Sandro, haciéndolo más por reacción que por preferencia, pensó "deseo poder ver". Y apagó las velas.

Cansado, fue a su habitación a acostarse.

Su amigo anónimo lo esperaba ahí. El olor a sangre era cada vez más insoportable. Sin embargo, Sandro hizo lo de siempre y fingió ignorarlo.

Feliz cumpleaños amigo -Mencionó el misterioso sujeto, con una voz grave.

Gracias... pero no tiene mucho de feliz este día -Respondió Sandro, echándose en su cama.

Supongo que sí, para alguien como tú la felicidad se encuentra en algo tan simple que la mayoría tiene y no valoran, pero estoy seguro que mi regalo te alegrara, ahora dime, ¿Cuál es tu deseo? -Dijo el amigo de Sandro. Sus latidos empezaron a sonar como tambores a una velocidad increíble.

¿Mi deseo?, es simple y lo sabes, desearía poder ver y no solo durante el día, sino durante toda la noche, desearía ser como los demás y poder tener una vida nocturna emocionante y no ser un adolescente ciego

-Respondía Sandro mientras ponía su antebrazo sobre sus ojos, lamentándose de su situación.

Era de esperarse, mi regalo es cumplirte un deseo Sandro, yo puedo devolverte la vista -Las palabras del misterioso sujeto hicieron que

Sandro se levantara de la cama algo sorprendido.

Efectivamente, Sandro no creyó en lo que había escuchado, y le pidió a su amigo que, si iba a hacerle esa clase de bromas, era mejor que lo dejara solo. Sin embargo, su amigo reiteró lo mencionado, y le dijo con la voz más seria que jamás le había escuchado decir, unas palabras que se quedarían marcadas en la vida de Sandro:

“Sandro a veces, yo puedo quitarle algo a las personas para darles algo valioso a cambio”.

Sandro se quedó en silencio sin saber que pensar. Su mente estaba completamente en una pausa imprevisible e indefinida. Aun así, de su boca salieron unas palabras inconscientemente: “Entonces hazlo”.

Los latidos del corazón del amigo anónimo se intensificaron aún más. Se acercó lentamente a Sandro susurrando algo entre dientes: “No te dolerá mucho”.

Sandro pudo escuchar como la mandíbula de su amigo emitía un ligero crujido para abrirse y desprender un olor nauseabundo. Al mismo momento, la puerta de la habitación de Sandro se abrió y se escuchaba un grito ensordecedor.

Era la hermana de Sandro, sus gritos se escucharon por toda la casa mientras llamaba a sus padres.

El padre de Sandro corrió a su habitación seguido de su madre, la cual lanzó un agudo grito al llegar a la habitación. Sandro pudo escuchar a su padre susurrar un “dios mío”, mientras más ruidos y movimientos bruscos sonaban en aquel sitio. Sandro escuchó un rugido más en la habitación, era como el rugido de un león, lo cual hizo temblar la cama del joven.

Los golpes y los gritos en la habitación de Sandro ensordecieron sus tímpanos, los cuales, durante un momento, solo podían escuchar un zumbido ligero.

Para cuando recuperó la capacidad auditiva, solo podía escuchar pequeños crujidos, parecidos al sonido que emitía su misterioso amigo cuando llegaba a visitarlo comiendo algo.

¿P-Papa? –Dijo Sandro, con voz temblorosa.

Su amigo anónimo dejó de masticar lo que tenía en la boca. No había otro ruido más en la casa.

Lo siento Sandro, realmente no quería que esto terminara así, pero cumpliré mi promesa, además, ya te quite algo, ahora puedo darte algo

valioso a cambios –Dijo el misterioso sujeto, quien se acercaba poco a poco a Sandro.

Sandro se encontraba petrificado del miedo. Era la primera vez que deseaba no ver lo que había sucedido en aquel momento.

Entonces, el amigo de Sandro presionó sus dedos contra los ojos de Sandro, apretándolos tan fuerte que causaron que el chico emitiera un quejido de dolor.

Feliz cumpleaños amigo, y adiós –Mencionó el sujeto, mientras desaparecía a través de la ventana de la habitación de Sandro.

Sandro abrió los ojos.

La luz de la luna atravesaba la ventana de la habitación, iluminando con una tenue luz el lamentable escenario. Las paredes y el suelo estaban teñidos de sangre. Los cuerpos de su padre, su madre y su hermana se encontraban tendidos en el suelo, bañados en sangre, con partes de su cuerpo arrancadas y con expresiones de terror capturadas en sus últimos momentos de vida.

Las huellas de las pisadas del anónimo sujeto, manchadas con la sangre de su familia, se perdían en la única ventana de la habitación.

Sandro miraba aquellas huellas mientras unas lágrimas caían de sus ojos. Esas huellas no eran de un ser humano.

La policía llegó momentos después, topándose con los cuerpos sin vida de la familia de Sandro, y con el adolescente sosteniendo la mano de su hermana muerta. Su hermana, quien siempre lo acompañó a pesar de su ceguera, quien siempre estuvo ahí para él, había muerto por su deseo de poder ver.

El lugar se encontró inmediatamente repleto de personas y curiosos que se acercaron para ver qué es lo que había sucedido. La ambulancia le preguntó a Sandro si se encontraba bien. Sandro asintió, él ya no estaba llorando.

Sandro pensó en ese momento, que la noche en la ciudad era muy diferente a lo que se imaginaba. Parecía mas iluminada que en el día. Recordó las leyendas urbanas que le contaba su hermana que acontecían en la vida nocturna de la ciudad, intentando encontrar alguna explicación de lo sucedido.

Los tíos de Sandro llegaron, y le dijeron que empacarían sus cosas en ese momento para que se traslade a vivir con ellos, ofreciéndole todas las

comodidades posibles. Sandro, nuevamente, solo asintió.

El muchacho solo tenía una cosa en su cabeza.

Mientras se retiraba de su antiguo hogar con sus tíos y la policía, volteó una última vez.

Sandro pensó, que con esa nueva visión que le había otorgado aquel anónimo sujeto, lo encontraría. No importaban los años que pasasen, él lo encontraría. Su olor se había quedado grabado en su olfato, su voz en sus oídos, sus huellas en sus ojos. Y sería la misma visión que le brindó, la cual se regocijaría con la imagen de aquel asesino, ahogándose con su propia sangre.

Esa noche, Sandro juró que vengaría a su familia.

El reflejo

Joel se había comprado un nuevo y grande espejo para su habitación. Su departamento era algo pequeño, por lo que tenía la impresión que un espejo de gran tamaño se vería mejor en su habitación que en la pequeña sala con la que disponía, además tenía la manía de verse constantemente en el espejo, aunque no le guste lo que reflejara.

Un día, Joel notó que algo andaba mal con su nuevo espejo.

El espejo no lo reflejaba. Joel se movía de un lado a otro, pero el espejo seguía sin reflejarlo. Unos segundos después, el espejo reflejó a Joel entrando a su habitación y quedándose frente al espejo, extrañado y con la misma expresión con la que se encontraba en ese momento.

Por un momento, decidió salir a tomar aire. Unos minutos después, volvió a entrar en su habitación, y al ver que el espejo lo reflejaba a él echado en su cama, se quedó pasmado. Joel era una persona muy inteligente, era un buen economista, no era una persona inclinada a creer en supersticiones ni cosas relacionadas a ello. Aun así, le tomó unos momentos entender y aceptar lo que sucedía.

Mientras estaba echado en su cama, mirando al techo de su habitación intentando descifrar lo que pasaba con su espejo, lo entendió. El nuevo espejo que se había comprado podía reflejar el futuro.

Lo miró de nuevo. El espejo lo reflejaba mirándolo fijamente, y de repente, volteando y saliendo de la habitación apresurado. Joel se quedó

ahí, mirando al espejo que ahora no reflejaba su persona. Entonces el timbre sonó, Joel volteo y se dirigió rápidamente a recibir la pizza que había ordenado.

Así era, su nuevo espejo podía reflejar el futuro, o en todo caso, su futuro.

Ese mismo día Joel comenzó a escribir un post sobre el espejo que pensaba volver viral, adjuntando todas las grabaciones que acreditaban que el espejo efectivamente, reflejaba lo que él hacía momentos después. El hombre había situado al espejo cerca de la puerta de su habitación, ligeramente inclinado para que pueda capturar parte de la sala de bienvenida de su departamento.

Entonces, Joel notó algo más. El espejo, si bien es cierto que reflejaba el futuro, extendía poco a poco la diferencia entre el futuro que reflejaba, y la realidad. Joel se dio cuenta al ver que el reflejo del espejo lo mostraba cargando una caja de un pedido, que le llegaría después de 5 minutos.

Si bien inicialmente el espejo reflejaba lo que sucedería momentos después, poco a poco iba reflejando un futuro más extendido.

Al día siguiente, Joel siguió escribiendo el post que preparaba, actualizándolo con lo que había descubierto respecto a la extensión del futuro reflejado. Sin embargo, cuando se levantó para tomarse un café, notó algo espeluznante.

El espejo reflejaba su cuerpo acostado en el suelo de su departamento, a la salida de su habitación. En el reflejo se podía notar que la puerta de la habitación del hombre estaba abierta, y su cuerpo tendido en el suelo a unos pasos de la puerta de su habitación, con la cabeza llena de sangre.

En seguida, el hombre comenzó a calcular el tiempo aproximado del futuro que estaba reflejando, llegando a calcular unos 18 minutos. En 18 minutos aproximadamente, Joel sufriría un accidente. O un atentado.

Lo único que se le ocurrió a Joel, fue quedarse en su habitación por lo menos durante una hora sin hacer nada, de esa manera evitaría que se cumpla lo que el espejo mostraba.

A los 7 minutos, sonó el timbre. Joel no esperaba a nadie, no había hecho ningún pedido, no había agendado una cita ni nada por el estilo. El timbre seguía sonando.

Asustado, el hombre llamó a la policía diciéndoles que un intruso intentaba entrar a su casa y estaba armado, y que vinieran en seguida ya que se encontraba muy asustado. Él sabía que, quien estuviese detrás de la puerta principal, era quien ocasionaría el reflejo que mostraba dicho

espejo.

Minutos después, el timbre dejó de sonar. Joel esperaba a que la policía viniera pronto, mientras seguía viendo su cuerpo inconsciente a través del reflejo del espejo. Pasados unos minutos, pudo escuchar la sirena de la policía, y momentos después sonar el timbre de su hogar.

Joel se sintió aliviado, se levantó de su cama, y salió de su habitación para atender a la policía que había llegado oportunamente.

Sin embargo, Joel olvidó algo de suma importancia. El timbre sonó pasados los 16 minutos desde que calculó los 18 minutos para que sufriera dicha desgracia reflejada en el espejo.

Joel no lo tomó en cuenta, sino hasta abrir la puerta y voltear a ver el espejo, el cual recién reflejaba a la policía llegando a su departamento para toparse con su cuerpo.